6

TACNA
Y
TARAPACÁ
PERUANOS

TACNA Y TARAPACÁ

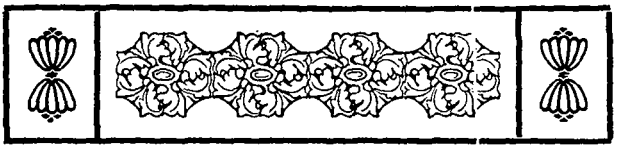
PERUANOS

POR

Pedro Dávalos y Lissón

Artículos publicados en "El Comercio", de Lima, en el mes de Diciembre de 1918.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS - ANGEL ARANGO
CATALOGACION



DESPUÉS de la venida de Jesús a la tierra, la humanidad no ha presenciado acontecimiento más grandioso que el actual. Exceptuando las doctrinas de paz, de amor, de caridad y de perdón predicadas por el Hombre-Dios, no hay nada en veinte siglos que tenga la grandeza y la significación moral de las ideas de Justicia, de Libertad, de Independencia y de respeto al derecho ajeno proclamadas por Wilson. Si benditos de Dios fueron los pueblos que vieron a Jesús, que oyeron sus doctrinas y le siguieron en su camino de luz; si bienaventurados fueron las muchedumbres que oyeron el sermón de la Montaña, bienaventurada es también la hu-

manidad contemporánea y benditos de Dios los pueblos que al fin se ven libres de las imposiciones de la fuerza bruta.

Constituídas a raíz de la paz mundial y en los mismos territorios que dieron su sangre para oprimir al mundo democracias fundadas en los principios de Wilson, imposible es dudar de que el mundo ha recibido la buena nueva con la misma alegría que ahora veinte siglos oyó el angélico cántico de gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

¿Hungría y Bohemia se constituirían en estados independientes y pequeños, segregándose de un núcleo que hasta ayer fué poderoso, si no tuvieran fe en que de hoy en adelante no necesitarán soldados para defender su libertad e independencia?

Son tan grandiosas las doctrinas de Wilson, es algo tan superior al ambiente en que hemos vivido veinte siglos y tan con-

trario a la fuerza, tan evangélicos sus principios y de proyecciones tan inmensas, que se necesita una mentalidad superior, una alma grande, generosa, nacida para el bien y exenta de egoísmos, para comprenderlas primero y para prestarles fe después. Así como los romanos, orgullosos de su fuerza y dominio y acostumbrados a pedir ojo por ojo y diente por diente, encontraron absurdo e impracticable la caridad y el perdón, así también en estos momentos, los que no creen que el mundo evoluciona, que la vida es inmortal, que en el silencio se trabaja ella misma, y que por acción misteriosa de la ley divina encuentra siempre su camino en la cristiana consumación de su obra, no prestan fe a la labor de Wilson.

No hay espectáculo más triste que la sonrisa burlona de quien no cree en la evolución bienhechora de la hora presente.

Nos ha tocado en suerte a los que presenciamos los horrores de la guerra del Pacífico, sus crueldades, saqueos, incendios y asesinatos, y lo que fué más desconsolador, la desmembración del territorio, haber merecido de la Providencia vida precisa para asistir al nuevo orden de ideas, al proceso que atónita contempla hoy la humanidad, y como consecuencia, a las reparaciones consiguientes. Nos encontramos en la misma situación en que están los franceses que presenciaron la caída de 1870 y que por el triunfo de la Libertad y del Derecho y de la Justicia recuperan Alsacia y Lorena.

No hay esfuerzo heroico y noble encaminado a un fin justiciero que no tenga recompensa. Treintaiseis años hemos aguardado reparación con una tenacidad superior a nuestra voluntad tornadiza, a nuestra falta de entereza. A pesar de ser la veleidad

característica nacional, no hay ni ha habido nunca desde 1879 dentro de la República la menor divergencia en los propósitos dignos y levantados de no ceder Tacna y Arica. Aquí jamás hemos tenido partido chileno como lo hubo en Bolivia, ni gente dispuesta a transar con Chile para facilitarle el cumplimiento del tratado de Ancón.

Hablando una vez el expresidente boliviano Villazón con un diplomático del Perú, le dijo: "No hay nada que despierte más mi admiración que la manera fuerte, constante, decidida, honrosa, heroica, denodada y unánime como el pueblo y el gobierno peruanos resisten las exigencias y las amenazas de Chile.

Esa timidez nacional que tanto daño nos hace en el terreno económico, esa vacilación para resolver nuestros asuntos internos, no existe en lo internacional. Jamás

nos han causado pánico los ejércitos y las escuadras de Chile. Estamos convencidos que cualquier día nos vuelven a invadir; sin embargo, estamos resueltos a todos los sacrificios, a todos los desastres, antes que dar por concluída la conquista de Tacna y Tarapacá.

Nuestra heroica constancia nos ha salvado. No sabíamos—como tampoco lo sabían Francia e Italia—por donde nos llegaría el auxilio providencial que nos hiciera más fuertes que Chile. Sin embargo, lo esperábamos. Sabíamos que la conquista de Tarapacá no podía ser eterna y que habría justicia para nuestro pueblo. Ese auxilio ha llegado. Por fin termina nuestra vida de miserias, de humillaciones y de pesadumbres, y se nos concede una aurora de paz, de libertad, de respeto al Derecho y de reposición de lo perdido.

Siendo los pueblos guerreros los más so-

berbios de la humanidad y los menos dispuestos a oir la sabia voz de la razón y de la prudencia, hallándose siempre acordes en resolverlo todo con criterio unilateral y apoyados en la fuerza bruta, Chile, jamás buscó solución al problema de Tacna y Arica de acuerdo con el sentimiento nacional peruano. Armado como ha vivido de un garrote, ha tenido la insensatez de creer que sus conquistas eran eternas. Ciego todavía, embrutecido por el uso de la fuerza, tiene aun fe en ella a pesar de la debacle teutónica, y en estos momentos piensa comprar en dos millones de libras los mismos acorazados que Inglaterra le quitó en 1914 y eleva los efectivos de su ejército a 33,000 hombres.

Pronto la realidad le despertará en la misma forma que los ejércitos de la libertad han despertado a la Alemania militarizada de ayer, pronto será acusado de impe-

rialista, de germanófilo, de haberse apropiado por la fuerza de Antofagasta, de Tarapacá y de Tacna, de tener dos criterios: uno altanero, despótico y brutal para el Perú y Bolivia y otro hipócrita, humilde para Argentina y Brasil. Pronto se le echará en cara los atropellos cometidos en Tacna, Arica y Tarapacá para arrojar a los peruanos de la tierra en que nacieron. Pronto le llevaremos al Tribunal de las Naciones para que responda de las acusaciones que le tenemos preparadas. Para entonces, veremos si contesta a sus jueces que la victoria es la suprema ley de las naciones y que la fuerza prima sobre el derecho.

Creen en Chile a Wilson dispuesto a claudicar en sus ideas y propósitos en la hora suprema de imponerlos en la Liga de las Naciones. Creen que sus doctrinas no han sido aceptadas por toda la nación norteame-

ricana, ni tampoco por la Europa entera, en cuyo continente constitúyense hoy nuevas nacionalidades dispuestas a vivir bajo el amparo de las nuevas doctrinas proclamadas. Wilson sería inconsecuente, si después de haber combatido en nombre de la Libertad y de la Justicia del mundo el imperialismo alemán, la conquista y la fuerza, si después de haber obtenido de su pueblo la magnanimidad de no pedir compensaciones en el triunfo, ni siquiera el pago de los gastos de la guerra, le permitiera a Chile quedarse con Tarapacá, porque se trata de la América Latina y no de Europa.

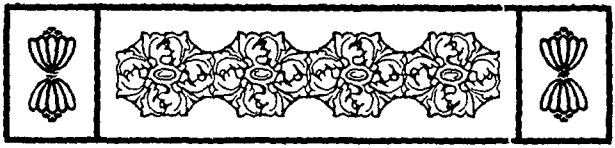
Saben los estadistas de Norte América, que jamás habrá en este continente paz, armonía, respeto mutuo, ni perfectas relaciones políticas y comerciales, mientras queden en poder de Chile los territorios arrebatados en la guerra del Pacífico. Conocen

esos estadístas, la manera brutal como fueron conquistados esos territorios, las ingentes riquezas sacadas de ellos, el exceso con que han sido pagados los gastos de la guerra de 1879, la nulidad del tratado de Ancón por incumplimiento de la cláusula tercera; y conociéndose todo esto, ¿es posible que en nombre de la Justicia, del Derecho, de la Libertad, se dé a Chile el título definitivo y mundial de que carece para quedarse con nuestros territorios usurpados y ser los amos militares de los pobladores peruanos que en ellos viven? Sería pasmoso que Chile, que tiene hoy sobre Tarapacá y Tacna un título precario, apoyado solo en la fuerza, y válido mientras su poder militar sea superior al nuestro, obtuviera de la Liga de las Naciones un título real, efectivo, saneado, indiscutible; y que este título le fuera dado en nombre del Derecho y de la

Justicia y después de una serena discusión entre los hombres superiores de las naciones que tratarán de la paz mundial.

Francia, que ha recuperado Alsacia y Lorena por la voluntad del mundo, ¿podrá sostener que la Alsacia y Lorena de la América del Sur deben quedar en manos de Chile?. Italia, que se halla en el mismo caso de Francia, ¿no debe pensar de igual manera?. Inglaterra, que vive en sabio equilibrio con sus colonias por la justicia con que mantiene sus relaciones, ¿ratificará con su firma en la Liga de las Naciones, el título precario, ni siquiera legítimo ante el Derecho Internacional que exhibe Chile?. Sostendrán el derecho de conquista las naciones de América Latina, ellas que han vivido íntegras y libres de la voracidad europea, en gran parte defendidas por la doctrina Monroe?

Como no basta tener la justicia, sino que es menester que quien la administra quiera darla, y como esto se consigue exponiendo en forma amplia, brillante, clara, verídica y circunspecta el derecho que se posee, podemos concluir este artículo diciendo que Tacna y Tarapacá serán peruanos si hay fe en la posibilidad de recuperarlos y si ponemos los medios adecuados para incorporarlos al Perú. No olvidemos que Chile ha tomado en broma y hasta con desprecio el supremo instante en que vivimos. Cree que se trata de tripicalerías peruanas. En tal situación, aprovechemos de su torpeza, dejémosle que siga comprando acorazados y recibiendo armamentos del Japón, a fin de que, cuando se mueva en el terreno diplomático, encuentre avanzada nuestra propaganda.



Fué Blaine, en los Estados Unidos, el primer hombre de su tiempo. Tan superior como Root y como Wilson, cúpole la gloria de haber sido el precursor de las ideas de justicia, de integridad territorial, de soberanía y de independencia proclamadas hoy por el pueblo y gobierno norte-americanos. Su labor en la primera conferencia Panamericana como presidente de ella, fué considerada idealista por algunos de sus conciudadanos, y no tuvo imitadores en la segunda conferencia que se reunió en México en 1901. Este grande hombre, como secretario de Estado del presidente Garfield en 1881, tuvo visión clara de los males fu-

turos que vendrían sobre toda la América si Estados Unidos consentía en la conquista de Tarapacá y Antofagasta; y proclamando en tono muy alto que la victoria no daba derechos, intervino en la guerra del Pacífico. Por medio de sus ministros, respectivamente en Lima y Santiago, comunicó al almirante Linch y al gobierno de la Moneda, que la indemnización de guerra que el Perú debía a Chile, debía pagarse en dinero y no en territorios. Hallábanse muy adelantadas las gestiones pertinentes al asunto, cuando Garfield fué asesinado en Wáshington y aceptada por el vice-presidente que le sucedió, la renuncia de Blaine, el nuevo secretario cambió de política y concedió a Chile la libertad de acción que necesitaba para que le diera tormento a sus víctimas, el Perú y Bolivia, hasta que le entregaran Tarapacá y Antofagasta. No hay ejemplo en la

historia diplomática de los Estados Unidos de una crueldad más refinada y de un egoismo más manifiesto. Chile, cuya malevolencia no tiene límites, agradeció el servicio haciendo alarde de haberse valido de medios indecorosos para conseguirlo, entre ellos, la compra de la prensa neoyorquina.

Otra nación con menos entereza que el Perú, se hubiera rendido, abrumada por el golpe de Wáshington. El Perú no lo hizo, y por dos años más siguió luchando contra las huestes de Chile hasta 1883, año en que Iglesias, pasando por encima de la Constitución del Estado y el sentimiento nacional, bajo la presión de las bayonetas chilenas, firmó, a las puertas de Lima el tratado de Ancón. Los habitantes de Tarapacá protestaron de ese atentado, y la vista del acta firmada por ellos, produce hoy a Chile el mismo efecto que a Macbeth causaba el espectro de su primo Duncan.

Ha llegado la hora de reimprimir el libro de Garland sobre la mediación norteamericana en la guerra del Pacífico y de escribir un nuevo libro para que el mundo conozca la grandeza de Blaine, su previsión y su desgracia. Lo primero que debe hacer el señor Tudela al llegar a Wáshington, es colocar a nombre del Perú agradecido una corona en la tumba de Blaine.

No se siguió la política de este eminente americano y por tal causa, el mundo contempla hoy a la América del Sur en el mismo estado de inquietud y de predominio de fuerza bruta en que estaba ahora 39 años; y a los pobladores de Tarapacá, perseguidos, expulsados y robados como lo estaban en 1881. Chile, que en esos años no tenía con el Perú ninguna cuestión de límites, ante las exigencias de Blaine habría desocupado Tarapacá y se hubiera contentado con la

fuerte indemnización que le hubiéramos pagado en dinero efectivo, indemnización que hoy ya estuviera cancelada. Si los planes de Blaine se hubieran realizado, ¿presenciaría hoy el mundo los propósitos germanófilos y conquistadores de Chile, fomentados por la riqueza del salitre de los territorios conquistados?

Todas estas cosas, en forma brillante, deben ser dichas al presidente Wilson, a fin de llevar a su ánimo el convencimiento de que fueron los políticos americanos de 1881 los únicos culpables de lo que pasa ahora en la América del Sur, y que si en esa época el gobierno de Norte América creó la situación molesta que existe en el Hemisferio del Oeste, no está en sus manos, siendo un político previsor, justo y sabio, dejar las cosas en la situación en que quedaron en ese año. Es menester decirle, que si la

cuestión del Pacífico se mantiene en el pie que hoy está, será la guerra el único recurso que le quede al Perú para tomar posesión de lo que le fué arrebatado por la fuerza. Es inmutable, ha dicho un gran pensador argentino, que toda guerra que ha terminado con una conquista territorial, indefectiblemente produzca una nueva guerra.

Piensan en Chile que la Liga de las Naciones no se ocupará de los asuntos sudamericanos. Esperan con fe ciega que los relegará a la cancillería de Wáshington, la que dará como zonas de influencia a Chile, Perú, Bolivia y Ecuador; al Brasil, las repúblicas Argentina, Uruguay y Paraguay; reservándose Norte América el resto para ella. Piensan así, porque creen que la Liga de las Naciones no se ocupará de los pueblos pequeños sino de los grandes, sin tener en cuenta que precisamente sucederá lo

contrario. Controversias entre Inglaterra y los Estados Unidos o Francia e Inglaterra, no serán llevadas a la Liga. Ninguna de esas naciones puede consentir que sus diferencias sean sometidas a la voluntad de las demás naciones del mundo, y que hasta Honduras, Santo Domingo y Haití tengan derecho a darles o quitarles justicia. Los asuntos de las grandes naciones se ventilarán en las cancillerías de ellas, y en caso de que esto no sea posible, por las naciones que a la hora del conflicto puedan aportar gente y dinero para armarse de nuevo e ir otra vez a la guerra. Son cabalmente los atropellos y los escándalos que tengan entre sí los pueblos pequeños, los que darán que hacer al Congreso de las Naciones, mucho más, cuando los pleitos de los chicos son la causa de la guerra de los grandes. La Liga sería un fracaso si principiara por decir que no tiene

jurisdicción sobre la América del Sur, o que no quiere ocuparse de países pequeños, porque sólo actúa para evitar una nueva conflagración mundial. Además, no hallándose Argentina, Brasil, ni el mismo Estados Unidos dispuestos a fallar contra Chile o contra el Perú en la cuestión del Pacífico, es natural que ellos y las demás naciones de América estén interesados en que sea el mundo por medio de sus representantes ante la Liga la que cargue con la triste misión de decirle a Chile que tiene que devolver todo lo conquistado, o al contrario, al Perú, que lo conquistado bien conquistado está y que si no está quieto se le permitirá a Chile que le siente de nuevo la mano.

Siendo estas orientaciones las únicas posibles para solucionar el pleito de Chile con el Perú, es totalmente ridículo que los estudiantes de la Argentina se unan a los de

Santiago y Valparaíso para solucionar de acuerdo con los del Perú la actual crisis.

Llevada la controversia del Pacífico a la Liga de las Naciones, no es el incumplimiento de la cláusula 3.ª del tratado de Ancón lo que el Perú denunciará ante ese tribunal, sino la invalidez total del mismo tratado. Y planteada así la cuestión, no será la devolución de Tacna y Arica lo que nuestros delegados pedirán al Congreso, sino la nulidad del tratado de 1883. Aceptada nuestra demanda por el Congreso, manifestaremos nuestra disposición a oir consejos de las naciones amigas para discutir una paz justa y duradera, de acuerdo con la situación en que se encontraba el Perú, Chile y Bolivia en 1881, y de acuerdo también con la doctrina proclamada por Blaine en ese año, doctrina sencilla pero terrible y que dice: "Consentiremos en una indemnización pecuniaria, pero no territorial".

Nada más pavoroso en el mundo, ni el mismo estado en que se halla hoy Alemania, que la situación desventajosa en que Chile se ha colocado por la conquista de 1884, por el incumplimiento del tratado de Ancón y por los actos brutales de fuerza realizados contra los pobladores de Tarapacá, durante treinta años y ahora mismo, a pesar de haber triunfado la Justicia y el Derecho. La soberbia le tiene ciego. Siguiendo los métodos alemanes de imponerse por el terror y la crueldad, ha cometido escándalos y atropellos en Iquique. Pronto verá su error, y como si pierde el salitre pierde su riqueza, hará todo esfuerzo para que no le llevemos a la Liga de las Naciones. Posiblemente llegará a ofrecernos incondicionalmente Tacna y Arica y varios millones de libras esterlinas para que las cedamos a Bolivia. Su causa es muy mala. La hace to-

davía más mala, el recuerdo de la sabia y malograda previsión de Blaine; y la hacen oprobiosa, las doctrinas de Wilson contra la imposición de la fuerza como principio de derecho. Ya el "Evening Sun" de Nueva York lo dijo ayer: "Es menester impedir que emigre a América la brutalidad alemana".

Chile tiene como única defensa ante la Liga, sostener que conquistó en época en que la conquista era permitida, y en apoyo de su expansión territorial, la posesión de Tarapacá durante 39 años; pero habiendo él mismo roto el tratado que nos hizo firmar a la fuerza y siendo éste nulo y sin ningún valor, sus argumentos, que tal vez pudieron tener escasa fuerza antes de la guerra mundial, no lo tienen ya de ninguna clase, hoy que Wilson nos habla de fundar una paz sólida y duradera, y trabaja para imponer

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS - ANGEL ARANGO
CATALOGACION

a las naciones imperialistas la devolución de los territorios que conquistaron sin tener derecho a ellos.

Por dura, por terrible, por abrumadora que fuera la sentencia de la Liga contra Chile, ¿qué otra cosa pudiera hacer el Tribunal de las Naciones si quiere salvar los fueros de la Justicia y del Derecho? El mundo retrocedería quinientos años en el orden moral, y la Justicia, la Libertad y Soberanía, serían nombres vanos, palabras sonoras de dudosa significación y hasta ininteligibles, si los pueblos de la tierra representados en la Liga de las Naciones sostuvieran que Chile no está obligado a devolver al Perú los territorios que conquistó y retiene de acuerdo con los procedimientos germanófilos.

Dejar Tarapacá en manos de Chile, es mantener las cosas en la situación en que hoy

se encuentran, y dejar para mañana un foco de intranquilidad. Es una invitación a Chile para que siga gastando los productos del salitre como hasta ahora lo ha hecho, únicamente en acorazados y armamentos terrestres para defenderse de los asaltos continuos que le seguirán haciendo el Perú y Bolivia hasta recuperar lo que es suyo. No poner las cosas del Pacífico en la situación en que se encontraban en 1881 cuando Blaine intervino y no resolverlas de acuerdo con su doctrina, es consagrar la conquista, es fomentar la paz armada, es condenar a la América del Sur a que sufra los horrores de las guerras, los inconvenientes de las malas voluntades y las asechanzas de los unos contra los otros. ¿Pudieran librarse de ellas Argentina y Brasil, el mismo Estados Unidos, existiendo en el Pacífico un volcán en actividad y de continuo haciendo explosiones?

INCONSCIENTE o débil, posiblemente, el secretario de estado Frelinghuysen, no apreció en 1882 el daño inmenso que su política en los asuntos del Pacífico debía causar a la América entera. Ha sido necesario que la Libertad y la Democracia hayan estado a punto de perecer y que parte de Europa fuera invadida, para que los Estados Unidos y los aliados se den cuenta de que su situación, si Alemania hubiera vencido, habría sido exactamente igual a la del Perú en 1883, cuando por la fuerza le quitaron Tarapacá. Ha sido conveniente para la humanidad que la conflagración del siglo XX le haya hecho ver los peligros de la fuerza

cuando ella alienta propósitos imperialistas; y ha sido también un beneficio para el Perú, que el mundo haya estado cuatro años a merced de los métodos germanófilos para que se entere de cuál fué nuestra situación en 1883, y cuál la necesidad en que estuvo de ceder territorios en la misma forma que Bélgica, Francia e Italia lo hubieran hecho si Alemania vence. Fué la conquista de Tarapacá un despojo a mano armada, como despojo hubiera sido la desmembración de Francia y Bélgica en 1918 si los alemanes hubieran ocupado Paris y expulsado a los ingleses del continente. Y si esas conquistas brutales hubieran sido reprobadas por Inglaterra y Estados Unidos en nombre de la Justicia y del Derecho; ¿cómo es posible que la conquista de Tarapacá no sea juzgada por la Liga de las Naciones con igual criterio?

Lord Northcriffe, ocupándose de las con-

diciones de paz que el mundo vencedor debe imponer a Alemania, al tratar de una de de ellas, ha dicho: Deben devolverse a Francia las provincias de Alsacia y Lorena, no como adquisición territorial ni como parte de indemnización de guerra, sino como reparación del mal hecho en 1871, cuando los habitantes de esas dos provincias, cuyos antecesores se incorporaron voluntariamente a Francia, fueron anexadas contra su voluntad a Alemania.

¿Cuál sería la condición de Chile, hoy, si vencido por el Perú en lucha terrible por mar y tierra, acudiera a un congreso de naciones a implorar que no le quitáramos Tarapacá?. Si lo obtuvo por conquista y esta conquista la realizó para castigar la provocación del Perú, y resarcirse de los gastos de la guerra, ¿qué razones alegaría éste ante el mundo para sostener que su vence-

dor, el Perú, no debe emplear los mismos métodos que él puso en práctica para arrebatarle Tarapacá?

Hemos empleado este ejemplo, para evidenciar que Chile no posee más título sobre nuestros territorios conquistados que el título de la fuerza, con el cual los ha poseído 39 años; y que hoy, a pesar de haber sido vencido el militarismo, hay en América una nación militar y conquistadora que mantiene por la acción de las armas territorios que siempre fueron peruanos, sobre los cuales Chile nunca alegó derechos ni tuvo disputas de límites, y que actualmente están poblados por peruanos. La situación de Chile en la actualidad, es igual a la de Alemania con Francia durante los 47 años que por la fuerza ocupó Alsacia y Lorena.

Condenada por Wilson la conquista en sus declaraciones de principios y proclama-

das por él doctrinas nuevas apenas esbozadas por Blaine anteriormente, el Perú, que vivía en aparente tranquilidad con Chile, con estupor al principio, con dudas después, pero con inmensa fe ahora, se dió cuenta de que casi a gritos se le llamaba por el mundo para que pidiera una reparación ante el tribunal de la Liga. Anteriormente, sin fe en la Justicia, mucho menos en el Derecho, convencido de los vanos nombres que eran las palabras Libertad, Independencia y Soberanía si no estaban apoyadas por cañones, en silencio ha venido preparándose para arrebatarle a Chile por la fuerza Tacna y Tarapacá. Como todavía el salitre le da dinero a nuestro adversario y como nuestro comercio recién llega a la mitad del que tiene Chile, nuestros propósitos han estado reservados para un futuro no próximo, pero tampoco muy lejano. Entre 1899 y 1916

inclusives, nuestro comercio ha aumentado en un 400 por ciento; el de Chile sólo en 180. Y como el salitre pronto será de libre exportación y como la riqueza minera inexplotada del Perú es la primera del mundo, la esperanza de ser pronto superiores a Chile en riqueza y en poder militar, no ha sido ni es hoy vana ilusión.

No somos, pues, únicamente nosotros, como lo creen los periodistas chilenos, los causantes de la intranquilidad en que les tenemos. Indirectamente los son Wilson y Lloyd George, quienes, como vulgarmente se dice, nos han trastornado el seso. Si tenemos a nuestro favor algo que vale más que la fuerza, si ésta en manos de las naciones débiles ya no tiene ningún valor ante la Liga de las Naciones, si ya no se permitirán conquistas, ni imperialismos, y si se nos invita a que nos arreglemos con Chi-

le en términos equitativos (mensaje de Wilson a los presidentes Pardo y Sanfuentes), ¿por qué no hemos de acudir a la invitación?

Naturalmente, no es el cumplimiento de la cláusula tercera del tratado de Ancón lo que vamos a pedir a la Liga de las Naciones, ni tampoco nada que no sea peruano. Exigiremos que se nos restituya lo que es nuestro, lo que nos fué conquistado por la fuerza contra la voluntad de los pobladores de Tacna y Tarapacá, siguiendo el ejemplo de Alemania en 1871, al anexarse Alsacia y Lorena contra la voluntad de sus habitantes.

Si los Estados Unidos y los aliados han dado sus provincias a Francia no como parte de indemnización de guerra ni como cesión territorial, sino como reparación del mal hecho en 1871, la Liga de las Naciones

para ser lógica debe dar al Perú Tacna y Tarapacá. El Perú no puede aceptar nada que no tenga por base la reincorporación de sus territorios; siendo de advertir que estamos listos a oir proposiciones y a ser todo lo razonable que quiera que seamos la Liga de las Naciones, si la base de esas proposiciones tienen asiento en la devolución de los territorios conquistados. A todo estamos dispuestos y de todo somos capaces si la bandera peruana vuelve a flamear en Tacna y en Iquique. Si esto no se puede conseguir, nuestra serenidad no será alterada. Retiraremos nuestra demanda, y las cosas, por lo que toca a nosotros quedarán en el mismo pie en que hoy se encuentran. No haremos alharacas, ni protestas de cancillería, mucho menos amenazas. Restableceremos nuestras relaciones consulares con Chile y humildemente le pediremos con-

miseración para con ellos. Rechazaremos también toda proposición de arbitraje. Chile tampoco la aceptaría por ningún motivo. Los pobladores peruanos de Tacna y Tarapacá no son ganados para que comerciemos con ellos. O les damos el territorio en que nacieron o les dejamos esclavos. En esto no hay término medio. Por lo demás, siendo el Perú el país vencido, su actitud no puede ser de rebeldía. Perdió Tacna y Tarapacá en 1879 y nada tiene que entregar; y como tampoco nada solicitará si su primera demanda no encuentra justicia, nada se le puede conceder. Si el Perú, rechazada su demanda en la Liga de las Naciones, no pide a Chile el cumplimiento de la cláusula tercera del tratado de Ancón, y si a las insinuaciones de la cancillería de Santiago contesta que no siéndole favorable el ambiente mundial pospone el asunto del Pacífico pa-

ra mejor oportunidad, ¿cómo será posible que el Perú reciba o no Tacna y Arica, y recibiéndolas las venda o no a Bolivia?

No podemos someter a arbitraje nuestra cuestión del Pacífico porque los asuntos de honor y dignidad nacionales, la integridad del territorio y la soberanía nacional no pueden ser asuntos de controversia. Son motivos de arbitraje, las cuestiones de fronteras en los casos en que ninguno de los colindantes posee títulos incontrovertibles. En Tacna y Tarapacá no pasa esto. Son y han sido siempre nuestras. Chile las conquistó y las mantiene en su poder porque a su juicio la victoria es la suprema ley de las naciones y la fuerza prima sobre el derecho.

Iglesias firmó el tratado de Ancón en la hora más negra que ha tenido el Perú en su vida republicana. Nadie ha negado que fué un convencido, un hombre de honor y

un valiente y que en su acción hubo sinceridad. Consintió en nuestra decapitación por error, y en la creencia de que nos hacía un mal menor que la ocupación. Los que convinimos con él en esos días de desaliento, de sangre, de incendios, de vergüenza, de ministros americanos al servicio de Chile, de hambre, de miseria, de plagio y de flagelo en las plazuelas públicas de Lima, no disculpamos su falta; pero sí se la atenuamos. Todavía repercute dolorosamente en nuestros oídos las palabras de algunos hombres de aquella aciaga época: ¿qué otra cosa nos queda por hacer?

Procedimos así ayer, porque la opinión pública estuvo dividida, y porque Chile nos puso un puñal al pecho, diciéndonos la vida o Tarapacá; pero hoy que estamos perfectamente acordes en asuntos internacionales, en plena convalescencia, ricos en esperan-

zas, con valentía digna de nuestra causa y coraje para arrostrar los atropellos de Chile, no podemos confirmar con nuestro asentimiento, en plena paz y sin ninguna presión militar ni de carácter moral, la validez del tratado de Ancón. Todo trato, toda componenda, todo remiendo, todo acomodo, toda solución que hiciera el Perú sobre la base de ratificarle hoy a Chile la cesión incondicional de Tarapacá, sería considerada por Francia, por Bélgica, por Inglaterra, por Estados Unidos y otros países como una traición a la Justicia y al Derecho. En asuntos de integridad nacional no hay nada que haga más daño al nombre de la patria que la falta de dignidad, que el mezquino interés mercantilista, que el cobarde acomodo con el vencedor. Si junto con Tarapacá perdemos el honor, ya nadie nos tendrá estimación ni respeto. No es la riqueza, sino la virtud lo que hace grande a una nación.

Sépalo bien Chile: nuestra orientación es definida y nuestra voluntad inquebrantable. Ya lo hemos dicho: para lo único que hay carácter y unión en el Perú es para los asuntos internacionales.